

AÑO III - Nº 99
Montevideo Setiembre 9 de 1934

Escolares en en Jardín Botánico.
FOTO J. Caruso

EL NIÑO SARMIENTO



LA extensión no es muy grande, seguramente treinta varas de frente por cuarenta de fondo. La casa, por otra parte, necesita ocupar algún espacio. Pero en el clima de San Juan y con la ayuda del agua de un pozo, la tierra bien aprovechada y prolijamente trabajada, produce hartas cosas de manutención y de adorno. Dos o tres naranjos que dan sombra agradable, frutos sabrosos y la gloria perfumada de su azahar; algunos duraznos; muchas rosas y jazmines; un huerto tan grande como un pañuelo, pero capaz de surtir de hortalizas a la familia entera. Pegante a la casa y por el lado de la calle hay una higuera robusta, frondosa, patriarcal. Es el orgullo y el amor de la dueña de la casa. Algunas de sus ramas rozan la pared del edificio, que suele recalentarse con la vehemencia del sol del mediodía, y al favor de este aumento de temperatura las ramas pegantes al muro rinden frutos precoces; para noviembre puede el ama de casa servirle a su esposo un plato lleno de hermosas brevas.

Por esta mezcla de huerto y jardín, por el atrio y el patio de la casa, merodeando entre los rosales o escalando tal vez las altas ramas de la higuera, bulle un chico dotado de gran vivacidad, cantarín y voceador como todos los chicos y no más revoltoso, pero tampoco menos, que la generalidad de sus semejantes. Es cierto que no puede entregarse demasiado libremente a las travesuras propias de la edad porque su madre permanece casi todo el día frente a la casa, bajo la higuera, trabajando sin un minuto de reposo. Y no es que el chico tema los cachetes o las reprensiones de la madre. Lo que contiene sus instintos traviesos, lo que le impide cometer feas picardías es la presencia moral, abnegada y positivamente heroica de esa mujer, que resulta la más conmovedora y convincente lección de virtud práctica, de virtud ejemplar, de santidad cuotidiana y [illegible]va. El ser más encanallado o frívolo tendría que avergonzarse y cohibirse ante la presencia de esa mujer valerosa, y el chico, desde luego, no tiene nada de frívolo ni de canalla.

Se apellida Sarmiento. Día vendrá en que haya a fatigar a las prensas, en que su espíritu batallador se lance a una vida tempestuosa, en que la trompetería de la fama difunda por todas partes los ecos de su nombre. Ahora no es más que un chico que juega y aprende. Aprende, sobre todo, a leer. En la escuela es el lector más aventajado, y todas las personas, oyéndole, recomiendan a sus padres que lo dediquen a los estudios largos y serios, porque un chico que comienza con tan notables cualidades está destinado, indudablemente, a brillar en el mundo de la inteligencia. La madre, con su poderoso instinto, es seguro que lo comprende así. Pero la esforzada mujer, aunque de ilustre linaje, es pobre y necesita trabajar sin descanso en el humilde trabajo de tejer piezas de lienzo, dándole a la lanzadera desde que alumbra el día hasta que anochece. En sus horas silenciosas de monótona labor, más de una vez piensa en el porvenir de ese hijo que viene tan bien dotado para las empresas de lucimiento; si ella pudiera lo pondría en el camino de la universidad para que se hiciera doctor, clérigo, ministro, hombre de fama y de autoridad. ¡Sueños de madre ambiciosa que la realidad desbarata miserablemente! Entonces se resigna a suspirar en secreto y a darle con más impaciente rapidez a la lanzadera.

Es una mujer de alta estatura, de cuerpo huesudo y exento de gracias y turgencias femeninas. Su rostro muestra facciones algo duras; los pómulos resultan algo pronunciados y la tez de color un poco obscuro y mate. Como todos los americanos que proceden de los primeros pobladores de las Indias, esta noble mujer tendrá probablemente en su sangre vestigios de las razas aborígenes. Se peina con sencillez y se viste con modestia. De su persona, por necesidad y por vocación, hace mucho tiempo que desapareció todo rastro de coquetería. No piensa más que en trabajar. Y es que no puede distraer ni cinco minutos al trabajo porque la casa y la familia dependen de su esfuerzo personal. Es el alma y el sostén de la casa. Necesita atender a la cocina, vigilar a la servidumbre y a los hijos, ocuparse de lo que comen las gallinas, podar las plantas, recoger los frutos, regar las flores, aconsejar a las hijas, y todavía le queda tiempo para sentarse algunas veces en el estrado y cumplir allí las funciones de sociedad, como una señora que es. También suele quedarle humor y generosidad para recibir a algunos desgraciados, a quienes socorre con las limosnas que puede y con el bien de su amigable y cristiana palabra. Y al esposo lo considera y trata como al mayor de sus hijos... El esposo es un buen hombre que se pasa la vida interesándose por las cosas que no ayudan a traer pan a casa. Le gusta la política. Es muy patriota y discutidor, y siente por el trabajo sedentario y manual una invencible antipatía. Lo que a él le gusta es montar a caballo, ir de un lado a otro, hacer que hacemos, lucir su garbo de buen mozo. Es un perfecto ejemplar de hidalgo a la española, o a la criolla, que es lo mismo.



DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

DIBUJO AL CARBON DE FIDEL DE LUCIA

El chico, entretanto, se abre a la vida con una ávida curiosidad creciente, y para su apetito de conocimiento la casa no resulta mal punto de observación. Desfilan diversos tipos interesantes, y hay otros que están presentes, merced a la tradición familiar. Por ejemplo, el pequeño Sarmiento ha oído referir las cien diversas excentricidades de un sacerdote sanjuanino llamado D. José Castro, que vivía en la época colonial entregado a la doble labor de instruir y adoctrinar a las gentes y remediar las necesidades de los menesterosos. En el lenguaje actual que en Buenos Aires se usa, aquel clérigo de San Juan sería denominado un "rico tipo". Era médico además de sacerdote. Sabio y comprensivo, penetrado de la cultura del siglo XVIII, enterado tal vez del racionalismo y el escepticismo de la Enciclopedia, conservaba, sin embargo, un sólido fondo moral y una fe y una piedad inquebrantables. Y poseía, sobre todo, una rara dosis de buen humor, de ánimo risueño, lo cual le salvaba de caer en el riesgo de la pedantería.

Así es como pudo cierta vez resucitar a un muerto sin adoptar ademanes aparatosos. Sin la menor teatralidad. Como si no hubiera hecho nada. El pequeño Sarmiento se lo oyó contar a su propia madre, y él sabía de seguro que su madre no mintió nunca ni era accesible a las supersticiosas alucinaciones. Sucedió, pues, que un día llevaban un muerto a enterrar, y entre los acompañantes iba José Castro rezando y entonando las preces rituales. Pero su certera mirada de médico debió de observar en el rostro del cadáver alguna particularidad reveladora; conoció que allí no había más que un muerto aparente, y mandó de pronto callar a los cantores y que depositaran el féretro en tierra. Entonces se puso a leer los latines de su breviario, ante la expectación silenciosa de los circunstantes, y cuando observó que en el rostro del pseudo cadáver aparecían vagas señales de vida, le llamó por su nombre, y con alta y solemne voz le dijo: "Levántese, que aun le quedan luengos años de vivir". Y el resucitado se levantó y echó a andar, en efecto, en medio de la estupefacción de los parientes y amigos. Esta farsa, llevada a cabo con un fin de edificación piadosa y con un fino espíritu de benévola burla, retrata bien a aquel admirable sacerdote sanjuanino que vestía, por lo demás, una sotana mugrienta, porque todo el dinero que a sus manos llegaba lo consumía seguidamente en limosnas para los pobres. De tal modo, que los vecinos pudientes, avergonzados de aquellas sotanas raídas, le llevaban ropas nuevas y decíanle, para que las aceptase sin vergüenza, que eran el fruto de una restitución hecha por un pecador anónimo, o cualquier mentira por el estilo.

Un hombre así tenía que influir profunda y duraderamente en los espíritus que se sometían a su ejemplaridad. La madre de Sarmiento era virtuosa, íntegra y grande de ánimo por naturaleza; pero la suerte quiso que estuviera a su lado, para reafirmarla en su virtud y su entereza, un varón tan admirable como aquel extraño sacerdote. Extraño por su ambigüedad y por lo inesperado de sus procedimientos. Verbigracia, en su deseo de atraer muchos fieles al templo y para que escuchasen su sermón sin aburrirse, el bueno de José Castro solía empezar contando anécdotas y chascarrillos a propósito de las costumbres pecaminosas de las malas gentes o comentando con gracejo algún pasaje de las Escrituras. Y como tenía mucho ingenio, los fieles poníanse a reír a carcajadas. Corría la voz, acudían al templo nuevos oyentes, reían todos, empezando por el propio predicador, que reía como un muchacho; y en esto, secándose las lágrimas que de tanto reír le habían saltado de los ojos, exclamaba el cura: "Vamos, hijos míos, ya nos hemos reído bastante. Prestadme ahora atención: "Por la señal de la santa cruz...", etc.

El cura Castro cuidaba además los cuerpos de los feligreses tanto como sus almas, y valiéndose de sus conocimientos en medicina, enseñaba a las mujeres a fajar las criaturas según los nuevos métodos racionales, cómo debían criarlos y curarlos, qué habían de hacer las embarazadas, y a los maridos los llamaba aparte y les instruía sobre los deberes y cuidados que convenía tuvieran con sus esposas. Detestaba las supersticiones groseras o ridículas que en la ciudad de San Juan menudeaban, y ponía todo su empeño en extirparlas de la masa del vulgo.

De este santo varón conserva el niño Sarmiento imborrables memorias, transmitidas por la madre, que ha hecho de su figura y su vida un fervoroso culto. Conoce también algunos singulares episodios de su intervención política. Para ser extraño hasta el fin y consecuente en su sistema de contrariar las opiniones del vulgo, el cura Castro se declaró partidario del Rey de España cuando estalló la rebelión de América. Todo el mundo se había entregado al frenesí revolucionario. En Buenos Aires triunfaban los rebeldes y las provincias se alzaban en favor de la independencia. Corrían los jóvenes a las armas, alentados por el entusiasmo de las personas graves y de las mujeres. Y en aquella explosión de esperanzas reformadoras y progresistas sólo el cura Castro, el más liberal, ilustrado y progresivo de la provincia de San Juan, se proclamó partidario del Rey. Y con el prestigio y la influencia de su conducta y su sabiduría, se puso a condenar la insurrección, protestó contra los infames propósitos de independencia y auguró grandes desdichas públicas, como consecuencia de tales desatinos. Augurios que bien pronto vinieron a confirmar las guerras civiles, los pronunciamientos, los despotismos y las calamidades que siguieron a la proclamación de la independencia.

José Castro, el sacerdote ejemplar, tuvo que soportar las persecuciones de los patriotas, que lo desterraron a un lugar impracticable del interior. Allí sufrió hambres y enfermedades. De allí regresó a San Juan, a pie y gravemente enfermo, para refugiarse en Angaco como un perro tiñoso. El pequeño Sarmiento recuerda cómo su madre, tomándole cierto día de la mano, le llevó a visitar al extraño y santo varón que se extinguía sin una queja. Su madre lloraba de piedad. Otro día, el chico se enteró de que el cura Castro había muerto. Murió retirado y aborrecido. Y se sabe que al morir pidió que le alcanzasen un crucifijo y un retrato de Fernando VII, el Deseado, y así, besando alternativamente ambas imágenes, entregó el alma.

El chico asiste a estas escenas y escucha esas narraciones con la vivacidad propia de sus años. Las impresiones pasan pronto, sin dejar casi huella. Pero no sucede así seguramente. Bajo la aparente frivolidad infantil, el alma recoge las impresiones para conservarlas luego durante la vida entera. El carácter adolescente, blando y propicio a toda suerte de sugestiones, entonces irá formándose con modalidades que permanecerán en el fondo intactas hasta la vejez. Más tarde, cuando el pequeño Sarmiento que ahora merodea por el huerto familiar adquiera el brío y la inteligencia del gran escritor, su mirada crítica se volverá a juzgar a España, y la juzgará con todo el apasionamiento de un americano del siglo XIX y con todos los errores de una cultura un tanto apresurada. Pero más de una vez, y cuando su pasión le conduzca más lejos por el camino de la arbitrariedad, es probable que Sarmiento recuerde la singular, extraña, admirable figura del cura Castro, y entonces tal vez reconocerá en el secreto de su alma que una civilización como la española, que ha sabido crear ejemplares tan acabados y sublimes como aquella madre heroica y aquel varón venerable, tiene bien ganado el respeto de los espíritus comprensivos.

JOSE MARIA SALAVERRIA

El fuerte y la Casa de Gobierno



Casa PROPIEDAD DE DON PANCHO ESTEVEZ, EN 1879, ANTES DE SER DESTINADA A "PALACIO DE GOBIERNO"

DESDE la constitución de la República nadie discutía que el caserón de la calle Primero de Mayo, donde se asentaban dos de los tres poderes del Estado, nocido por la Casa-Fuerte ,el Fuerte iobierno, o simplemente el Fuerte, no a ser, decorosamente, la sede del Ejevo y de las Cámaras de Justicia.

esde la constitución, o sea desde 1830, pero dije mal: de mucho antes aque ya era imposible.

n los comienzos de la dominación uguesa, según afirma un colega histo or, el Fuerte estaba en estado lasti o. "parecía una ruina y era casi in itable".

Los nuevos amos del país que invir on bastante de las rentas de la nueva vincia Cisplatina en mejoras de la ca l, vieron a la Casa Fuerte insumir más abultados rubros.

El año 1818, resuelto Don Juan Jo Durán a hacer un bravo empeño en pro la salud pública capitalina, ordenó al bildo que pusiese a disposición del mi tro de la Real Hacienda todas las ca tillas necesarias para extraer las ba as del Fuerte, la Ciudadela y los cuar es de la ciudad.

¡Y las carretillas hicieron 245 viajes, sacando fuera de muros o tirando al mar verdaderas montañas de cosas feas!

Después del 5 de Mayo de 1829, en que el fuego devoró varias piezas del Fuerte, se entendía que eso iba a ser el principio del fin, pero hubo de obstarlo la miseria irremediable de las cajas públicas.

Se vivió remendando aquella fábrica edificada como a pedazos, sin guía de un plan no digo ya monumental sino ni siquiera arquitectónico, donde anidaba —es la palabra justa— el más abigarrado conjunto de reparticiones públicas.

En 1859, por ejemplo, tenían sitio en el Fuerte la Presidencia de la República, los cuatro ministerios entonces existentes, Gobierno, Relaciones Exteriores, Hacienda y Guerra, la Excma. Cámara o Tribunal Superior de Justicia, la Contaduría y Tesorería de la Nación, los dos Juzgados de Instancia, la Mesa Pagadora, la Comisión Topográfica y hasta la Comisión Mixta Oriental-Anglo-Francesa que entendía en las reclamacione sextranjeras.

Hasta en 1859 estuvo también la Casa de Moneda.

Estrecho, incómodo, ruinoso, no cabía defenderlo ni por una consideración de estética, sólo tenía un cuerpo de altos que rebasaba del nivel de las casas circundantes, para el lado de Solís y Wáshington. Los edificios de un piso alternando con los bajos dejaban distinguir perfectamente la azotea del Fuerte desde los altos del Cabildo.

Cuando el 28 de Agosto de 1855 los revolucionarios conservadores se hicieron dueños de la Casa-Fuerte, se cambiaban tiros por sobre los techos, con los gubernistas que seguían en posesión del Cabildo.

La mozada conservadora —lo mejor de Montevideo eligiendo entre los dos partidos históricos— en alarde de valor desafiaba a los floristas asomándose por el antepecho, o por sport, les hacían fuego cuando éstos levantaban la cabeza desde la azotea del Cabildo.

Pasaban los años y la cara de hereje de la necesidad, sin la más leve sonrisa, continuaba velando por la casa vieja.

A la victoria del general Venancio Flores, en aquel empujón de progreso, el más trascendental que haya sacudido nunca al país, parece que le debía haber llegado turno.

Tampoco hubo caso entonces, a no ocurrir que por un poco más la "Mina", trabajada por los alemanes Neumayer según las instrucciones de Eduardo Beltrán ,hubiera volado por los aires, confundidos, al Fuerte y al Gobernador Provisorio.

La mina no llegó a explotar y el vetusto caserón siguió incólume 15 años más.

La última ceremonia oficial realizada en la sede de antiguos magistrados, fué la entrega del mando que el dictador coronel Latorre hizo al doctor Francisco A. Vidal, presidente del Senado, el 14 de Febrero de 1879.

El dictador, dispuesto a transformarse en Presidente Constitucional, transfirió el poder al doctor Vidal, en calidad de depósito provisorio.

El eminente médico, por su parte (nuestros médicos eminentes son inapreciables para este menguado oficio de cuidadores!) reservó el sitio al sangriento coronel hasta que una "Asamblea Negra" —nada hay nuevo bajo el sol—, lo votó Presidente el 1.o de Marzo, por un período que no podría cumplir.

En esa fecha el Poder Ejecutivo contaba para su asiento con una casa, próxima a estar lista, frente a la plaza Independencia, y donde estuvo hasta 1931.

Era la tercera iniciativa del gobernador Latorre en tal sentido.

A poco de asumir la Dictadura, en Julio de 1876, había hecho llamar a propuestas, para la construcción de una casa de gobierno, en el terreno ocupado por el Mercado Viejo, la antigua Ciudadela.

El edificio daría frente a la plaza Independencia, más o menos por una línea tirada a 43 metros de la calle Juncal, y debería ser de dos cuerpos, uno bajo y otro alto, en el contorno de los cuatro frentes.

De este a oeste, para no interrumpir la circulación de peatones, se dejaría un gran pasaje de diez metros con dos grandes arcos, uno dando frente a la calle Sarandí y el otro a la de 18 de Julio sobre la plaza. Este último revestiría carácter de monumental y no tendría menos de 7 metros de luz.

Las entradas para la Casa de Gobierno se harían sobre grandes patios a uno y otro costado del interior.

El pago de la obra debía efectuarse con terrenos sobrantes del mismo Mercado, que sobraban al oeste.

Como llegase el término prefijado y sólo se había presentado una propuesta, el Ministerio de Gobierno señaló un nuevo plazo hasta el 9 de Setiembre.

Pero tampoco esta vez hubo ponentes y el plan de construcción fué dejado de mano pensándose luego en construir el palacio en los terrenos del Cementerio Inglés, en el perímetro 18 de Julio, Médanos y Ejido. A esos efectos el ingeniero italiano don Luis Andreoni, recién llegado al país, confeccionó los respectivos planos que Latorre examinó curiosamente.

Parece que el fallecimiento del cónsul de S. M. Británica, interrumpió las negociaciones de suyo engorrosas de la compra del terreno, que el gobernador había puesto en manos de una comisión especial de personas respetables.

La solución apareció por otro camino, otra vez en la plaza Independencia.

Por escritura pasada el 31 de Diciembre de 1878 el gobierno adquirió del Banco de Londres y Río de la Plata un conjunto de casas de renta, que había pertenecido al capitalista Francisco Esteves, situado frente a la plaza y rodeado por las calles Florida, San José y Ciudadela.

El precio ajustóse en ciento treinta mil pesos oro, pagaderos en mensualidades corridas de cinco mil.

Medía el predio 33 metros de frente al norte por 31.78 de fondo al sud y cuando Esteves edificó sus casas sólo tenía unos viejos galpones, cuartel del batallón de Gomensoro en la guerra de Aparicio.

Era un predio vinculado de antiguo al Poder Ejecutivo: el que lo sacó de propiedad fiscal en 1837, Atanasio Aguirre, había sido Presidente de la República; en 1866, el general Flores, que también ocupó la Presidencia, lo había adquirido de Luis Duplessis; Esteves lo compró a doña María García de Flores, viuda del general, el año 73.

En posesión del inmueble se le encomendó al ing. Juan Alberto Capurro la reforma que transformara en una casa única las varias integrantes de la fábrica, dándole también cierta monumentalidad. La dirección de la obra corrió a cargo de Agustín de Castro.

Por la fotografía que reproduzco, es fácil notar las variantes introducidas en la fachada, que carecía de frontón, así como los dos altos miradores desaparecidos.

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA.



El Fuerte de Gobierno FRENTE A PRIMERO DE MAYO AL FONDO, CALLE SOLIS

YO FUNDE UN PARTIDO

Por ARRIQUIBAR



I

HARTO ya de disentir en todos, de ver mi genio incomprendido y menospreciado por una beocia cerril, decidí un día fundar un partido, aunque para ello tuviese que renunciar durante el resto de mi vida a toda amable socialidad con alguien con quien reñir

¡Ah! ¡Sólo quien, como yo, ha pasado días de aislamiento, sabe lo triste que es el vacío y lo vacía que es la vida de uno que no tiene con quién regañar!

Las teorías democráticas las encontraba yo en franca quiebra. Toda doctrina humana tiene su fisura por la que entra el acerado estilete de una crítica, por poco sagaz que sea. Y para mí la democracia era algo bamboleante, entre cuyos intersicios había metido los más acerados dardos de mi espíritu descontentadizo.

Bien: fundé un partido, al que me apresuré a afiliarme tan pronto como lancé el correspondiente manifiesto. Evidentemente, aquellos razonamientos que yo exponía en él con tan diáfana claridad me convencían hasta requerir mi incondicional adhesión.

Empezaba a hacerme justicia, y en aquellas asambleas en las que me reunía yo solo sentía mi ánimo invadido por una inefable ventura que nacía de escuchar mi esclarecida palabra y de sentirme escuchado con religioso respeto por mí mismo. Nunca había escuchado a mejor orador ni nunca tuve mejor auditorio.

Hasta que un día comprendí que aquello se parecía un poco al vacío y que el vacío acaba por ser aterrador para un ser de la naturaleza gregaria del hombre o del borrego, que para los efectos de gregarismo vienen a ser igua.

Así es que, aun cuando noté que las asambleas me costaban el doble de pitillos que cuando estaba yo solo, me regocijé al ver aumentado mi partido con la presencia de otra persona, a la que, de una parte por disciplina de toda agrupación política y de otra por verle coincidir con mis sabias opiniones, me apresuré a considerar un hombre muy estimable.

Coincidíamos en todo: en nuestras opiniones políticas, en devociones sentimentales, en nivel cultural, en estatura—lo cual no deja de ser importante, según me propongo aclarar—, en aversiones, en asambleas y en el gusto por los pitillos que yo compraba y que con gran profusión consumíamos.

II

GRACIAS a que estábamos dos, un día pudimos organizar adecuadamente una disidencia, y el día en que se verificó volví a sentirme feliz.

Hacía algún tiempo que estaba inquieto por tanta unanimidad, nociva a partidos que, como el mío, estaban aún—he de reconocerlo lealmente—en nebulosa. Es una perogrullada que un partido valdrá más como tal partido cuanto más se parta, por lo que, imitando a los más acreditados, nos fraccionamos en dos, quedando yo como caudillo de la ortodoxia y mi amigo como cabecilla de la heterodoxia.

A partir de aquí, aunque el partido seguía siendo algo clandestino y de catacumba, la cosa marchaba como un "goitik-bera", es decir, como sobre ruedas. Nos peleábamos diariamente desde los periódicos, que siempre mandaban a algún redactor a mi casa o a la de mi disidente a interrogarnos sobre cuestiones divinas y humanas, acerca de las cuales ni él, ni yo, ni los redactores en cuestión teníamos la idea más remota, pero que a nosotros, como jefes de fracciones políticas y a ellos como redactores, era imprescindible tratar, como si de nuestras opiniones y de las de otros análogamente documentados dependiese el equilibrio cósmico.

Nuestras intervenciones, el haber metido baza en varias inoportunas oportunidades, me granjearon algunas adhesiones y se vió fácilmente que éramos un partido de porvenir.

Tuve muy buen cuidado de imponer unas condiciones rigurosas para la admisión de afiliados e impuse como talla mínima la mía, pues hay que prever el efecto espectacular de los desfiles, que valen como propaganda, bien organizados, más que un anuncio en cada esquina.

Esclavo de la propaganda, aproveché que ya éramos una veintena para dedicar unos cuantos mozos de sangre hirviente a matarse con los mozos de otro bando político afín, al que declaramos nuestra rivalidad no tanto por tener su sede social en el barrio opuesto al nuestro, como por coincidir en muchos puntos de nuestro ideario y quitarnos bastante clientela.

III

Y digo que la cosa marchaba sobre ruedas. Teníamos nuestra sede social, teníamos proclamada nuestra simpatía por las doctrinas político-sociales del gran rey Sigerico y de un archipámpano muy notable, cuyo nombre no conseguí averiguar, y estaba en todos nosotros el deseo ferviente de hacer triunfar nuestra causa excluyendo todo atisbo democrático. Porque, puestos a razonar yo decía:

—¿Por qué el voto de cuarenta necios va prevalecer contra la opinión de un sabio?

Esto era monstruoso. Esos cuarenta necios no debían tener reconocido otro derecho que el de proclamar la sabiduría de ese sabio. Luego, ese sabio encumbrado a la cima del saber por los cuarenta necios, se encargaría de fabricar esas píldoras de la felicidad social que se llaman leyes, decretos, disposiciones ministeriales y órdenes circulares o cuadradas.

Enfrente de esta diáfana teoría me oponían razonamientos enteramente falaces, tales como el de si un sabio, que tiene necesidades inconciliables con la de los necios, va a saber más que éstos de lo que éstos necesitan. Cuando yo les decía, recordando a no sé quién, que era un absurdo suponer que la razón reside en la mitad mas uno, me irritaban mis enemigos contestando que no era más absurdo que suponer que la razón estuviese en la mitad menos uno. Me decían, en fin, tal género de sandeces por un estilo, que si yo hubiera tenido la fuerza numérica que ellos tenían, mal lo hubieran pasado, pues hubiese preferido amordazarles antes de dejarles condenarse sosteniendo memeces tales.

¡Ah, si yo hubiese tenido la fuerza que ellos tenían!

IV

PERO vamos a lo que importa. Y como lo que a mí me importaba era más la calidad que el número, además de otras restricciones en el ingreso a mi partido, impuse un saludo característico que eran parte de mis normas nuevas, enteramente originales, como correspondía a una fuerza política joven, aunque la inspirasen Sigerico y el archipámpano aquel.

Parte de mis normas nuevas era, por ejemplo, desterrar los viejos modos oratorios seguidos por Demóstenes, Castelar, Cripps y otros. Yo quería fórmulas nuevas y, así, decreté la expulsión de un afiliado orador que se empeñaba en decir en casi todos sus discursos: "Y ahora, señores, vamos a entrar en la entraña del asunto".

Yo le había aconsejado muchas veces que variase las fórmulas rutinarias y, por ejemplo, en vez de ese latiguillo, me hubiera gustado oirle: "Y ahora vamos a entrar en las mollejas del asunto".

Desterré todo vicio y corruptela y puedo asegurar que todos mis seguidores eran auténticos mártires de la causa.

Para probarlo imponía el saludo a que antes he aludido y que consistía en empinarse sobre la punta de los pies y propinarse con la mano derecha un fuerte pescozón en la nuca.

Esto nos hizo muy populares y queridos del pueblo y los chiquillos nos rodeaban con gran fervor, haciéndonos repetir varias veces el saludo con sus delirantes aplausos, que eran más fuertes si uno de los que saludaban perdía el equilibrio y caía al suelo.

V

TANTA complacencia me producía tener huestes tan adictas, sumisas y dispuestas al sacrificio, que una vez determiné hacer una concentración de mis fuerzas con ocasión de haberse descubierto la existencia de un descendiente auténtico del augusto monarca Sigerico, que a la sazón era viajante de una fábrica extranjera de peines.

Le invité, le ofrecí la presidencia honoraria del partido y organicé la concentración.

Con permiso del Ayuntamiento nos reunimos en una explanada los veinticinco afiliados que había conquistado gracias a mi talento y abnegación y a la bondad innegable de mis doctrinas y les formé en filas de a uno.

Aquel día solemne me puse rutilante, con mi uniforme de color lila, mis botas altas de color avellana, mi gorra de color de horchata de chufas y varias medallas escolares, premio a mi talento, del que tantas pruebas había dado hasta que me dediqué a la política.

Cuando aparecimos en la plaza el descendiente de Sigerico y yo, mis veinticinco leales se empinaron resueltamente sobre las puntas de sus pies, se pusieron rígidos, con rigidez acrobática, alzaron sus brazos como piezas articuladas y se propinaron en la nuca el enérgico cogotazo de reglamento, aunque más violento que nunca, con la violencia que yo les había recomendado y que imponía la solemnidad del caso.

Como fulminados por el rayo cayeron los veinticinco leales y la autopsia determinó que habían muerto desnucados.

Mi corazón, fuerte toda la vida, vaciló en aquel momento. Caí sobre el estrado, sin sentido y sin dar tiempo a que me recogiese nuestro jefe honorario.

Cuando volví en mí, era ya cadáver. No sé ni cómo tengo ánimos para contarlo.



Las chicas del
Club Deportivo Capurro,

hacen su entrenamiento diario al aire libre, rito atlético de la hora actual que hace a la mujer de nuestros días bella, firme, agil y sana como quizá no lo fueron de época ninguna.

SOCIALES.



Señorita: Esther Donamari Soto.



Señorita: Renée Pieri Peyrou.



Señorita Betty Engströn.



Señorita: Martha Balparda Puiy.

Fotografías de la Exposición de MARCHESE.

SOCIALES



Sta. Eliana Bell

es una foto por Frangella Hnos.



Lorenzo reclama a Lombardi la anulación del tanto de Enrique.



Saldombide y Arispe celebran el goal... que quedó nulo.

Un entrevero junto al arco de Peñarol.

La jugada del tan discutido goal. ¿Fué foul?

nterminable final del campeonato de 1933.



Arispe presidiendo una carga de los albos.







García en acción.

EL DOMINGO PASADO LOS CLASICOS RIVALES DE NUESTRO FUTBOL VOLVIERON A PORFIAR UNA NUEVA JORNADA POR EL TITULO DE CAMPEON DE 1933, QUE HABIA QUEDADO SIN DEFINIRSE DESPUES DE DOS SUCESIVOS EMPATES ENTRE ALBOS Y AURINEGROS. TODO EL MUNDO ESPERABA QUE EL DILATADO LITIGIO FUERA FALLADO ESTA VEZ POR LA SUPERIORIDAD DE UNO DE LOS CONTRINCANTES, O SIMPLEMENTE POR EL AZAR. PERO CONTRA TODAS LAS PREVISIONES, EN LA NUEVA LUCHA NO HUBO VENCEDORES NI VENCIDOS, PESE A QUE SE JUGARON LAS DOS MEDIAS HORAS SUPLEMENTARIAS QUE MARCA EL REGLAMENTO PARA LOS CASOS DE EMPATE EN LAS FINALES DE CAMPEONATO. Y LO CURIOSO DEL CASO ES QUE NO SOLO LOS RIVALES QUEDARON AL FINAL DE LA LUCHA EN IGUALDAD DE CONDICIONES, SINO QUE TAMPOCO ESTA VEZ FUE ABIERTO E SCORE, CON LO CUAL SE LLEVAN JUGADOS EN TOTAL DOSCIENTOS SETENTA MINUTOS SIN QUE SE HAYA PRODUCIDO UN GOAL, A TRAVES DE TRES PARTIDOS, LO QUE RESULTA UN CASO COMPLETAMENTE SIN ANTECEDENTES EN LA HISTORIA DE NUESTRO MAS POPULAR DEPORTE.



El consabido discurso del juez Lombarardi.

EXTERIOR



EL YATCH "ENDEAVOUR" QUE INTERVFNDRA EN LA DISPUTA DE LA COPA AMERICA, PREPARANDOSE EN EL PUERTO DE PORTSMOUTH (INGLATERRA), PARA CRUZAR EL ATLANTICO.



CARABINEROS CHILENOS, EN GUARDIA CONTRA EL ULTIMO MOVIMIENTO COMUNISTA DEL PAIS TRANSANDINO, CRUZAN UN VIEJO PUENTE EXTENDIDO EN UN VALLE.





LA FAMOSA ORGANIZACION MILITAR FRANCESA DENOMINADA "CRUZ DE FUEGO", DESFILA BAJO EL ARCO DE TRIUNFO, EN PARIS, ANTE LA TUMBA DEL SOLDADO DESCONOCIDO.





TIPOS CLASICOS DE DISTINTAS REGIONES DE FRANCIA QUE CELEBRARON ESTE AÑO EL ACOSTUMBRADO FESTIVAL DE COSTUMBRES TIPICAS, EN EL JARDIN DE LAS TULLERIAS.



ESCENA DE LA EVACUACION DE HAITI, POR LAS TROPAS NORTEAMERICANAS. TRANSPORTE DE LOS PERTRECHOS A LOMOS DE BURRITOS.

UN AVION DE LA CRUZ ROJA PARAGUAYA, QUE CONDUCE HERIDOS DESDE LOS CAMPOS DE BATALLA AL HOSPITAL DE ASUNCION.





Piruchita

…chita: de un cromo de pueriles malicias
…encarnó mi tristeza.
… tu ingenua sonrisa la boya que retuvo
…pecho a la deriva tras fatales ausencias.
… el sol de tu aurora calenté mi crepúsculo.
…tu fácil arcilla
…modelando en sueños imposibles
…imágenes rotas que extrañó mi nostalgia.
…estrella de tu frente
… la hoguera de alivio en que quemé anheloso
…tesoro de sombras.

…uchita: mi infancia florecida de lustros
…tiene adolescencia
…n el Jardín de Infantes de nuestro amor jugamos
…a gallina ciega
…ndo el coco materno
…antó con su prosa nuestro verso.
…de entonces, en todas las veredas urbanas
… huellas de tus pasos
…n todos los zaguanes hay eco de tus besos.
…enos Aires es mía porque tú me la diste
…re un lirio de aurora y una ortiga de ocaso.
… nombre está grabado
… todas las esquinas que gastó mi impaciencia
…en todos los relojes de barrio convalecen
… horas extenuadas por nuestro sortilegio.

…zarillo romántico,
…nduјiste mis pasos añorantes
… tu ciudad acerba,
…e en la copa florida del amor endulzamos
…ı mañanas del Parque Rivadavia
…radas de sonrisas, consteladas de pájaros,
…las cálidas tardes de Palermo
…nteadas de lagos,
…las noches furtivas del Botánico
…onceadas de ensueños.
… luna arrabalera
…s espió en las frondas de Belgrano
…nos cazó con lazos de plata en Mataderos.
… fué en la Costanera,
…ente al río acuciante,
…nde soñamos juntos mil caminos sin término.

…ra nuestra opulencia
…is manos fueron guantes de tus manos desnudas,
…is brazos tu tapado de pieles de cariño,
… corazón la bolsa de tus intimidades
… mi boca en tu boca nuestro fuego hogareño.

…ntesis armoniosa de mi experiencia indígena,
…llé pampa en tu frente
… horizonte en tus ojos
… montañas andinas en tus senos
… selva tropical en tus cabellos
… vegas florecidas en tu cuerpo
… en tu voz el resuello de cien razas dormidas.

…on locuras de jazzband y lamentos de tango
…ulsamos en el arpa de las calles porteñas
…l "lied" de nuestro idilio.
…n pródiga inconsciencia
…errochamos un rico patrimonio de ilusos
…n los Rolls Royce de taxis mercenarios,
…n los "diner-dansant" de las milongas,
…n banquetes opíparos de empanadas criollas,
…n la farra corrida
…e las montañas rusas y "aéreos" del Balneario,
…n veraneos secos en la playa de Olivos
… en invernadas tibias en los cines de barrio.
Y nuestros copetines de "Te Quiero" escanciamos,
…ntre bellas promesas,
…n rincones de ascéticos cafetines perdidos.

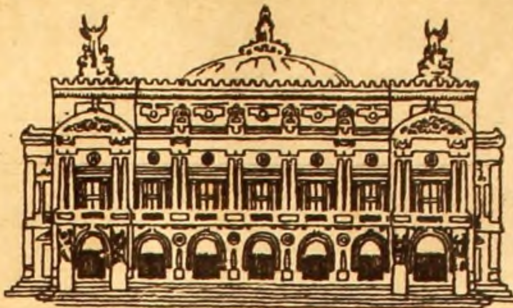
Piruchita: mis ojos
…ran amantes ciegos para tu metamórfosis.
Con inconsciente empeño
de tu arcilla de niña la mujer fuí creando
que en el Jardín de Infantes de nuestro amor no cupo.
Derrochamos de prisa y nos quedamos pobres.
Y cantó en tus oídos la bocina del lujo…
Te envolviste en galante "petit gris" de aventura
y una tarde de otoño
se cayeron las hojas marchitas de mi encanto,
desnudando tu ausencia ante mis ojos huérfanos.

Con espinas de angustia
quedó tu imagen niña repujada en mi pecho.

Para cunar mi pena
pediré a Filiberto la cadencia de un tango.

Luis E. Echevarría

EL VIAJERO ALUCINADO



NOTAS DE PARIS

En el viejo violín de la calle parisiense está llorando la historia.

★

En la Avenida de las Acacias hay una senda de vanidad que sólo evitan los orgullosos.

★

El parisiense siempre endulza su café con la mirada de su vecina.

★

En todo ser que usa monóculo hay un ciclope fracasado.

★

La negra que se disfraza de parisiense es uno de los confines en la cultura de color.

★

Cuando un turista se junta con una callejera hay dos esperanzas que se reducen.

★

La sonrisa que se vende casi siempre es extranjera.

★

Los hombres que usan barba aspiran a vivir en otro planeta.

★

El París nocturno tiene dos paradojales ojos de luz: Montmartre y Montparnasse. Cuando esos ojos se cierran despierta el alma de la ciudad.

★

"Marius", de Pagnol, es la justificación universal y gloriosa del buen sainete argentino.

★

Hay gentes que pagan su propaganda personal con un crimen. Y a veces les resulta barato porque obtienen la absolución.

★

Cuando un actor cinematográfico habla de arte se refiere a sí mismo. Por eso nunca se le comprende.

★

La vidriera de París es la poesía del comerciante.

★

El buen hombre que "controla" los boletos en el subterráneo un día agujereará con el aparato la mano del amigo que lo salude.

★

En los escenarios de las revistas debiera suprimirse esa escalera monumental que sólo sirve para descender. Corre el riesgo de convertirse en un símbolo.

★

El alma de la revista que acabo de aplaudir reside en los focos distantes.

★

Mi compañero no quiere otorgar un aplauso a la tiple hasta no verle la letra. Acaba de leer "El abc de la grafología", por Crepieux-Jamin.

★

Una moneda de dos francos produce dos cosas mecánicas: el peso justo en ciertas balanzas de precisión y el silencio repentino de algunas "acomodadoras" de teatro.

★

La gomina argentina ha obtenido un éxito singular en Europa, sobre todo en París. Es bien natural que todo el mundo pretenda ostentar una cabeza luciente.

★

Ese señor sudamericano grave y vacío ama el París que París desprecia. Y lo peor es que le cuesta mucho dinero.

★

Los rieles sobre los cuales corre la simpatía francesa americana tienen nombre: se llaman Lafayette y Wilson.

★

No comprendo cómo aquel comandante inglés invoca su carácter de aliado en la guerra y ostenta su condecoración obtenida en el campo de batalla para que un agente de policía no cumpla con su deber.

★

La gloria, como el amor y el dolor, suelen ser infieles en París.

★

La ternura puede, a veces, tener un precio. Cuando lo tiene vale lo que cuesta un perro. Si el noble animal supiera que lo han comprado, "usaría" menos lealtad.

★

La eslava que está frente a mí ha reducido a sus ojos toda la tristeza de las estepas.

★

Este "realista" que habla pestes de la democracia no podría hablar así de su régimen, si triunfara, porque se lo prohibirían.

★

La multitud sentada en las terrazas del bulevar no se cansa de esperar que la retraten.

★

La caravana que pasea en autocar aspira a ser una bandada de palomas.

★

Hay una ingenuidad adorable: la de los hombres profundos.

★

Maeterlinck acaba de publicar "La vida de las hormigas", completando así la trilogía iniciada con "La vida de las abejas" y seguida con "La vida de los termites". ¡Lástima que ingenio tan claro no se haya impuesto la tarea de escribir "La vida de los hombres"!

★

La solitaria del café oculta sus antenas. Está oyendo una canción que le transmiten desde Asia.

★

Si el mozo del restaurante supiera verdaderamente lo que es, se dedicaría con éxito a otros menesteres.

★

Las mujeres se divierten en el cabaret porque han soñado otra cosa.

★

Fumar un cigarrillo con elegancia es casi tan difícil como cantar bien un tango.

★

Cuando en una de las grandes avenidas un agente de policía detiene repentinamente un centenar de automóviles para dar paso al coche de un nene, que por lo general conduce una señorita, realiza uno de los más bellos actos de solidaridad social, pero mira, sin quererlo, al porvenir.

★

Una bailarina célebre tuvo la humorada de mostrar sus danzas en la calle. Logró de inmediato un enorme público, pero le robaron cincuenta mil francos. Por lo visto, en la calle el público es el que cobra por asistir a un espectáculo.

★

El inventor del motor a chispa — que, según tengo entendido, murió en la miseria—no imaginó jamás que su sistema influiría tan radicalmente en los modales de las gentes. Muchos hombres imitan al motor creyéndolo superior. Es cierto que también se creen hombres.

★

Para la mayor parte de las personas, el ser que desciende de un coche es sólo la imagen de su aparato. Por eso, sin duda, un ómnibus destrozó a Curie, que marchaba a pie.

★

En París no se puede ser vagabundo. Lo prohibe la ley. Sin embargo, diariamente entran y salen cuatrocientos mil y la policía nunca los molesta.

★

La fuerza y la debilidad de la pequeña burguesía consiste en su doble ahorro de monedas y de ensueño.

★

Si la atmósfera cumpliera las órdenes de cuantos pronostican su estado, el mundo andaría al revés.

★

El negro de la orquesta daría toda su fortuna por ser verdaderamente loco.

★

Me gustaría oir una "jazz" dirigida por un orangután. A veces pienso que en el "complexo" de esa música trasciende el abuelo del hombre.

★

El rascacielos se impondrá en París. Podrá más la industria del acero y la técnica arquitectural moderna que las sagradas teorías de sus urbanistas. Estos transarán exigiendo perspectivas y crearán el ambiente lógico, como ya se hizo con la torre Eiffel. Cuando cuente con muchos rascacielos seguirá siendo la ciudad más hermosa del orbe.

★

La gente que corre en la calle anda en busca de los protagonistas del mundo. Es una manía como cualquier otra.

★

No he encontrado en París un convento laico para los menesterosos de la disciplina.

★

Las personas que en un museo están sentadas mucho tiempo frente a un cuadro célebre, no siempre lo contemplan. Por lo general miran hacia adentro o disfrazan simplemente su fatiga.

★

El estratega de la literatura ha perdido su capacidad creadora. Piensa encontrarla en algún café donde al lado del grafómano exhibicionista se oculta un talento puro.

★

Hay ladronas en París que tienen algo de común con los poetas: su falta de sentido práctico y su exceso de imaginación. Robar a un americano medio millón de francos en el segundo instante del idilio es un abuso que sólo puede dictar la fantasía de una mujer que ha perdido contacto con la tierra.

★

La postal es el paraíso literario del ocio. En todos los hoteles se ha instalado una sucursal.

★

Si el automovilista pensara en la luz, no le daría tanta importancia a la velocidad ni al ruido.

VICENTE MARTINEZ CUITIÑO

CORDOBA

EL sitio donde fué fundada la ciudad por los españoles, respondía al nombre indio de Quizquizacate, y por ser el lugar intermedio de comunicaciones entre la cordillera y las costas del Plata adquirió prestamente gran incremento.

Durante la dominación de los incas su influencia se dejó sentir muchas veces entre los aborígenes y también durante la conquista el poder central residía en Perú.

Cuando se consolidó la colonización del Río de la Plata, Córdoba formó parte de una Intendencia del gobierno de Buenos Aires, abarcando cuatro provincias que correspondían a las modernas de San Juan, San Luis y Mendoza, además de la presente. Fué Córdoba refugio del virrey Sobremonte, cuando la invasión inglesa, habiendo cintribuído a su embellecimiento.



Cúpula DE LA CATEDRAL



Soportales DEL CABILDO



Vista DEL CABILDO



Casa COLONIAL, EN ALTA GRACIA



Iglesia COLONIAL, EN ALTA GRACIA



Picasso (ESCULTURA DE PABLO GARGALLO





La Fábrica Horta de Ebro (1909) OLEO

Picaso y su obra.



Paisaje (1919). OLEO



Saltimbanquis (OLEO)



Autorrretrato (DIBUJO A PLUMA DE PICASSO



La muerte de Arlequín (OLEO)

Madelaine Carroll

que intervendrá en nuevos films de la FOX

★★★★★★







Marlene Dietrich

●

en la magnífica realización de Josef Von — Sternberg "Capricho Imperial". ——

★ ★ ★ ★ ★

Billie Burke

★

de brillante actuación en "Cena a las ocho" y que afirma sus prestigios en el nuevo film estrenado en el Rex "Parece que fue ayer. —

Tarzan

por *Edgar Rice Burroughs*



HOTEP



























Arranca de raices el dolor
Geniol
Geniol
RESFRIOS
Geniol
DOLOR de CABEZA
Geniol
QUITA EL DOLOR